

*Sus pies no calzaban sandalia dorada
sino dos pedazos de luna plateada.*

De súbito, el juego desaparece y el dolor irrumpe, el acento es cabal y la mujer anuncia su imperio:

*Quisiera poder fundirme en tu carne
y estar en ti mismo cuando tu voz me llame.
Quisiera poder fundirme en tu alma
y estar en tu boca cuando a mi boca llames.*

La emoción del anhelo no destruye el íntimo concierto de las palabras que se encuentran y enlazan en rondas de luminosa gracia. Termina este poema, titulado "Quisiera ser", con la estrofa:

*Y poder ser parte de tus ojos tristes
para verlo todo como tú lo miras
y poder soñar con que tú me amas
y estar en ti mismo por si tú me llamas.*

Y, finalmente, esta muestra donde el ensueño en pugna con la odiosa realidad encuentra su evasión en la imagen feliz:

*Yo en mi vida anterior me encarné en una alondra
y vivía en la luna o en los ojos de Dios,
jugaba con la Vida, con la Muerte y su sombra,
aunque nunca alcanzaba a tocarme su voz.*

.....

*Y aunque ahora mi alma se ha transmigrado en barro
y me arrastro en la tierra con la carga que amarro
hay veces que me olvido que pertenezco al suelo
y entonces, melancólica, quiero volver al cielo.*

Lautaro Yankas.

<https://doi.org/10.29393/At395-30DJJG10030>

Don Jorge y el dragón, de JOSÉ MANUEL VERGARA
Editorial del Nuevo Extremo, Santiago de Chile, 1962, 156 pp.

Es la tercera novela de José Manuel Vergara. Dentro de las evidentes similitudes, *Don Jorge y el dragón* es bastante diferente a las anteriores: *Daniel y los leones dorados* (1957) y *Cuatro estaciones* (1959). En primer lugar, frente a éstas, parece hecha con marcado apresuramiento; apenas un boceto, más que una novela, parece confeccionada bajo la urgencia de aprovechar la oportunidad con que se publica. Obra de actualidad, pudiera ya no tenerla en poco tiempo más. Reducida a una sátira política, alteradas las condiciones presentes pudiera en el futuro sólo interesar a los historiadores. Además, la sátira no está realizada a partir de la afirmación de valores universales que pudieran conferirle permanencia, sino desde un criterio muy específico.

Sólo aparentemente está desarrollada la sátira con amplitud de perspectivas. Dada la filiación del autor, el problema social se presenta como arduo tema que han de debatir los sacerdotes. Rodrigo, el personaje "democratacristiano", es el más simpático. El Rucio, representante "comunista", llega siempre después del Tordo quien parece ser el símbolo (!) del "pueblo"; el Rucio trata de detener su acción sin razón explícita en el libro. Don Jorge es el "conservador" y va siempre acompañado de un perro blanco llamado Acuario. El conflicto entre el Tordo y Don Jorge termina violentamente con el asesinato de este último y Acuario; Rodrigo, el democratacristiano, ya lo había profetizado cuando recomendaba una nueva actitud de parte de la clase alta que impidiera la catástrofe.

Los personajes se mantienen con un pie en lo novelístico y el otro en el estilo Topaze. No alcanza ni ésta ni aquella calidad. José Manuel Vergara no observa ni crea tipos; los reproduce, los copia (no estrictamente de la realidad), no los salva de su nivel de lugares comunes. El lector debe estar en conocimiento previo de estos tipos; el autor los alude con leves trazos caricaturescos, y con ello le basta. No se escudriñan las causas o motivaciones de los personajes en cuanto individuos. No se entregan precedentes que convezan de la necesidad de la actividad que despliegan a través de las páginas. Se parte, para la esquematización, desde la consideración de una dicotomía radical, abismal, metafísica, entre ricos y pobres. Tanto es así que en la novela aparecen separados ambos extremos por un profundo, misterioso y oscuro canal. Parece imposible la supresión de los extremos, de su "eterno" combate: la única solución aparente es un nuevo sentido de la caridad, es decir, una iniciativa de los ricos, puesto que la iniciativa de los pobres conlleva la violencia y la sangre (y esto si efectivamente se vislumbra una solución). Personajes "a priori", no requirieron de ninguna inventiva. Además, desde el punto de vista del tratamiento alegórico, sobre la base de correspondencias exactas (puesto que no cabría hablar de símbolos), los esquemas son en varios casos discutibles, aun reconociéndoles su derecho a la superficialidad. Así, el Tordo, que representa la "otra" fuerza frente a la de don Jorge, pertenece al sector del lumpen proletariado, que no es el que efectivamente amenaza en la realidad a don Jorge.

El significado de las alegorías, cuyo carácter rehúsa la ambigüedad y la confusión en la sugerencia, suele ser, en algunas ocasiones, sorprendentemente poco claro. Es el caso de aquel elemento geográfico de tanta importancia en la novela, quizás aquello en lo cual el autor más se detuvo, el que acaparó su atención y preferencia: el canal San Carlos. Hay páginas enteras dedicadas a describirlo y presentarlo como una fuerza de extraordinaria trascendencia sobre el destino de los personajes rivales. A nadie puede pasarle esto inadvertido. Sin embargo, se han dado diversas y contradictorias interpretaciones que suponen apreciaciones distintas del contenido de la obra. Aunque sería legítimo reconocer el derecho que le cabe al autor para permitir interpretaciones diversas, en este caso esta variedad no implica diferencias dialécticas o complementarias, sino opiniones que se reducen al absurdo entre sí. Veamos.

a) Se ha visto en el "canal San Carlos" una imagen de la fuerza implacable, invencible de la vida y de la historia. Argumentan en pro de esta tesis, señalando que es dicho canal el que al final arrastra el cuerpo muerto de don Jorge y, por supuesto, de Acuario. Aunque el victimario es el Tordo, la fuerza que hace desaparecer el cadáver y todo vestigio es el "canal", es decir,

la vida. Además, los que así opinan citan el siguiente fragmento: "El oleaje del canal San Carlos es aparentemente suave, moreno, sin ruido. Pero bajo su superficie oscura y tersa está recorrido de estremecimientos, de vorágines, de suspiros, de musculosas contorsiones". Tales atributos, dicen, corresponden a la vida y a la historia.

b) No obstante, quienes afirman que "canal" significa "pueblo", utilizan la misma cita, declarando que la mansedumbre exterior y la rebeldía potencial es más peculiar al pueblo que a la vida. Señalan (rebatiendo a los anteriores), que en el canal ya no hay vida, sino silencio, extinción: "Junto a sus márgenes reinaba el silencio; el transitar de vehículos, la nutrida vida hogareña que se desarrollaba a no más de cincuenta metros de su margen poniente, parecía disolverse antes de llegar a su orilla" (p. 150).

c) Una tercera interpretación puede ser sostenida, y se fundamenta en otra cita: "Las palabras del sacerdote poseían aquella calidad espumosa, cristalina, que precisamente faltaba a ese otro torrente moreno que corría por el canal vecino y de la que también carecía la palabra canalizada y metódica de don Renato" (p. 129). Según esto, el torrente moreno sería como una "lengua ponzoñosa" (p. 28), es decir, el mal, lo que se evidencia al cotejarse el torrente moreno, lodoso que es el canal San Carlos, con las palabras espumosas, cristalinas del sacerdote joven, que significarían el bien. Don Renato, cuyo torrente es canalizado, metódico, imposible de desbordarse, podría, consiguientemente, significar la caridad burocratizada, la iglesia endurecida y anciana, distinta al criterio de los nuevos sacerdotes cuya caridad esperaría ser sistemática y radical. (Por lo demás, podría ser utilizada esta afirmación para la segunda interpretación que hemos consignado, concluyéndose que son sacerdotes como don Carlitos los que iluminarán con su palabra la acción del pueblo. Si sintetizáramos ambas interpretaciones tendríamos una cínica afirmación, por supuesto imposible en José Manuel Vergara, que haría del "pueblo" y del "mal" terribles cómplices).

d) Si se considera al Tordo como imagen del pueblo, el canal funciona como límite que lo separa de don Jorge. Esta interpretación determinaría cierta dificultad lógica para reducirla a alguna de las anteriores.

e) Los atributos que se predicán del canal San Carlos, así como otras imágenes con las cuales se compara, dirían algunos aficionados al psicoanálisis clásico, están notablemente determinadas por la libido. Basta repasar las páginas correspondientes para encontrarse con sospechosas resonancias sexuales que, aceptadas, cambiarían radicalmente la impresión que se tenga de *Don Jorge y el dragón*.

f) No han faltado quienes afirmen que el canal San Carlos no simboliza nada, que no es más que un concreto y singular canal.

Por supuesto que estas confusiones tienen la utilidad, o la desventaja, de mover a preocuparse del sentido del libro y poder así engendrar lo que se ha dado en llamar el "sano y constructivo diálogo". No creemos sí que ello tenga valor artístico, y dudamos que la polémica en el terreno político sea de utilidad.

Las similitudes con obras anteriores del mismo José Manuel Vergara están principalmente dadas en la frecuente alusión a elementos formales del idealismo estético-religioso. No faltan estrellas, soles, lunas y luces que se presentan al modo de palomas mensajeras de otro mundo. No creemos que el autor las ubique como simple elemento decorativo. La luz que se vierte desde el cielo

es un modo de imaginar la gracia como fuerza salvadora. "Don Renato prosiguió la pequeña ronda del jardincillo. Se llevó una mano al pecho y suspiró hondamente. ¿Qué sucedía? ¿Acaso se estaban abriendo horizontes nuevos para los que su caridad no tenía ojos? Presentía una luz, pero no sabía dónde mirar. ¿Quizás Carlos ya la adivinaba?" (p. 129). El mismo tipo de lugar común para referirse a aquello para lo cual no se encuentra nombre, para lo que no tiene rostro, tiene su versión, al referirse al "alma", en el juego de "adentros" y "afueras", la dicotomía separadora del mundo, la penetración frente a la salida en forma de concepción. En todos los personajes de Vergara se habla de una espiritualidad cuyos rasgos son indefinibles; para denominarla no se encuentra otra expresión que la de interioridad, pero nada más se nos dice de ella. Unidad vacía, abstracta, necesita entonces de aquella otra imagen de la luz que desciende a... fecundarla, a cubrir la vaciedad de sus paredes de cuarto inhabitado. El esquematismo de Vergara no está, pues, sólo en esta obra, sino que se halla latente en sus producciones anteriores. Y procede de una imposibilidad de captar, entender y revelar aquello en que el autor nos pretende hacer creer. Radical inefabilidad no sólo en la expresión sino en la aprehensión del contenido. De ahí que los personajes no sean más que problemas de vaciedad "interior" y búsqueda de gracia como el protagonista de *Daniel...*, de adolescencia (justamente) en *Cuatro estaciones*; al disgregarse o desplegar esta vaciedad engendra la caricatura como en *Don Jorge y el dragón*. Una suma de caricaturas huecas más un sacerdote angustiado son la consecuencia de ese problema de fondo.

El autor ha respondido, y es lo positivo en todo caso, a los requerimientos de afinar en nuestra realidad. No sabemos, sin embargo, si la caricatura es un modo de hacerlo bien, pero suponemos que se ha avanzado en la intención, aunque se haya retrocedido en la calidad. Por lo demás, si hay un personaje que ofrezca visos de verosimilitud en *Don Jorge y el dragón*, éste es "Doña Esperanza".

Jaime Giordano.

Las Ciegas Hormigas, de RAMIRO PINILLA
(Colección Ancora y Delfín. Volumen 197. Barcelona, 1961).

En 1925, Ortega y Gasset publicó sus *Ideas sobre la novela*, donde analizó con propiedad algunos problemas relativos al género. Destacó, como una de las peculiaridades esenciales en la creación novelesca su carácter vital, su humanidad, su impresión de vida. Dijo al respecto: "... no es el argumento lo que nos complace, no es la curiosidad por saber lo que pasa a Fulano lo que nos deleita. Una narración somera no nos sabe: necesitamos que el autor se detenga y nos haga dar vueltas en torno a los personajes. Entonces nos complacemos al sentirnos impregnados y como saturados de ellos y de su ambiente, al percibirlos como viejos amigos habituales de quienes lo sabemos todo y al presentarse nos revelan las riquezas de sus vidas" (O. C., Madrid, 1957, tomo III, pág. 393).

Hemos recordado estas palabras de Ortega y Gasset con la lectura de *Las Ciegas Hormigas* de que es autor el joven novelista español Ramiro Pinilla y que nos llega laureada con la obtención del Premio Eugenio Nadal 1960. Lo que Ortega preconizaba como elemento básico, se da plenamente en la novela mencionada.